
El te y la magdalena: en busca de la Iberia perdida (Conferencia de clausura)

E. Sanmartí-Grego

Conservador del Museu d'Arqueologia de Catalunya

Es para mí una gran satisfacción haber sido invitado a tomar la palabra en este acto de clausura de este congreso que con tanto acierto, y de forma paralela a la exposición sobre los iberos, ha organizado la *Fundació "la Caixa"*; y es por esa razón que quiero agradecer públicamente a don L. Monreal y a la Dra. D^a C. Aranegui su deferencia para conmigo.

Ciertamente no deja de constituir un compromiso tener que ofrecer ante tan selecto auditorio -en el que figuran muchos de los investigadores que con su tenacidad e inteligencia han conseguido dar un vuelco copernicano a la aproximación histórica al mundo de los iberos- una visión de conjunto del cúmulo de novedades que en todos los órdenes se han venido produciendo a lo largo de estos últimos treinta años, hasta llevarnos al momento actual, que, sin ningún género de dudas, creo que podemos sin exagerar calificar de óptimo.

Intentaré, pues, ofrecer una visión panorámica de lo realizado, para lo cual procuraré seguir con uds., sin el menor afán de exhaustividad, pues ni el tiempo de que dispongo ni su paciencia me lo permitirían, por el sendero que la historia de la investigación ilumina, pues arqueólogos que somos, no podemos pretender explicar el presente obviando el ayer; un tiempo pasado, y sólo en apariencia muerto, que para nosotros, al contrario de lo que acontece al común de los mortales, es savia aún tan fresca que todo lo vivifica.

Tras el descubrimiento oficial de las esculturas del Cerro de los Santos, efectuado como es sabido en 1871, de su posterior publicación por J. de D. de la Rada y Delgado, y del reconocimiento de su autoctonía por parte de L. Heuzey, los subsiguientes hallazgos de las esculturas del Llano de la Consolación y la Bicha de Balazote (1891), de las esfinges de Agost (1893), del grifo de Redován, de las esfinges de El Salobral, y del león de Bogairent (1896), reafirmaron la idea de la existencia de una escultura indígena anterromana, certidumbre que culminó, en 1897, en el ánodo de la Dama de Elche, acontecimiento este último de una tan grande importancia que con razón se ha dicho que constituyó el comienzo de un cambio de rumbo en el estudio de lo ibérico, no sólo por el valor histórico de la pieza, sino por las desafortunadas circunstancias que hicieron que, a los pocos días de aparecer entre los hombres, la Dama ilicitana tomara el camino del exilio, del que no habría de volver hasta pasados 44 años y no precisamente

para reencontrar los palmerales de las cálidas tierras mediterráneas donde vio la luz.

Pero, llegados a este punto, con el fin de sacarles de dudas, si es que en algún momento las han tenido, quizá deba manifestar los motivos que me indujeron en su día a titular mi intervención de la manera que lo hice, acerca de si en mi fuero interno alguna vez he abrigado certidumbre alguna sobre si entre nuestros antepasados protohistóricos se dio la burguesa costumbre de saborear esa agradable infusión a la que llamamos te, acompañándola de los pastelillos conocidos con tan hermoso nombre de mujer. Pues bien, he de contestar que no, que jamás ha pasado por mi mente tan perverso anacronismo. No obstante, como no me es posible soslayar una explicación del porqué de la elección del título en cuestión, permítanme que les diga que no lo motiva otra cosa que no sea el parangón que, en cierto modo y salvadas sean las distancias, creo que se puede establecer, de un lado, entre la sensación que cuenta Marcel Proust haber experimentado al ingerir, una fría y triste mañana de invierno, un trozo de magdalena mojada en te, cuyo sabor motiva que despierte en él la realidad hasta entonces extinta de un pasado perdido y olvidado; y, del otro, el descubrimiento de la Dama de Elche, pues qué duda cabe de que la aparición de la escultura constituyó, una frustración, desde luego, producida por la humillación y el desencanto que significaba tamaña pérdida, pero también un auténtico latigazo dirigido a la arqueología patria que, tras saborear, cual magdalena mojada en te, y en el espacio de un abrir y cerrar de ojos, la materialidad de la "Reina Mora", al perderla de forma tan súbita comprendía sobre qué riquezas se hallaban nuestras tierras dormidas, y qué inmensas posibilidades de recuperar un pasado perdido tenía ante ella si por fin aceptaba el reto de explorar los repliegues de una conciencia histórica aletargada por tantos siglos de frustrante casticismo y de estéril aislamiento.

Pero detengámonos un instante y observemos el momento histórico en que se produce el hallazgo de la Dama ilicitana.

Tras un siglo de exaltación del individualismo romántico y de la posterior etapa marcada por el cultivo de un realismo literario que apuntala su razón de ser en la disección de la sociedad burguesa con el fin de describir y criticar, con mayor o menor virulencia, sus defectos o exaltar, incluso, sus aparentes virtudes, los años finales de

siglo XIX y la primera década del siglo XX, conocen la eclosión de unas corrientes intelectuales, muy influenciadas por la filosofía de Henri Bergson -quien, como recordarán, defiende una refutación del carácter mecanicista del tiempo, lo que le lleva a decir que “la vida es una duración real en la que el pasado queda ligado al presente”- y que en el campo de la literatura y en las artes dejan de lado aquella visión colectiva del análisis social para ponerse a explorar en la psicología del yo individual -es éste el caso de Marcel Proust- e, incluso, yendo más lejos, tratan de descubrir la manera de acceder a los estratos más profundos del inconsciente, labor en la que, huelga casi decirlo, sobresale la fuerte personalidad de Sigmund Freud. Y es eso mismo lo que en el ámbito de la pintura está llevando a cabo en París P. Picasso, quien inspirándose en el arte ibérico y en el arte negro, procede al ensayo general de una muerte anunciada: la de las formas clásicas en las que se ha formado y que él con tanta maestría domina; o lo que en la Viena finisecular en el campo de las formas sonoras, está pergeñando A. Schönberg, empeñado en esos mismo años en lograr la radical transformación del lenguaje musical heredado del pasado. Por todo ello, desde un punto de vista cronológico, creo que no resulta vano recordar que en el curso de los 10 años que median entre 1897, el de la epifanía de la Dama ilicitana, y 1907, fecha en la que Picasso termina las *Senyorettes del Carrer Avinyó*, S. Freud publique *Die Traumdeutung* (1900), P. Paris de a conocer el *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive* (1903 y 1904), M. Proust inicia la redacción de *A la Recherche du temps perdu* (1907) y que A. Schönberg -sobrepasando en tan sólo un año dicho período, estrena su *Das Buch der hängenden Gärten* (1908), todo ello acaeciendo en un espacio temporal ciertamente breve, al que, parafraseando a Stephan Zweig, otro contemporáneo del mismo fuste que los citados, pues tal que ellos le interesa explorar los arcanos del alma humana, tal vez no resultaría exagerado calificar de “Hora Estelar de la Humanidad”, si nos detenemos a valorar su decisiva influencia en las formas y maneras de pensar y de crear vigentes a lo largo del siglo XX. Por lo tanto, mi título, sobre todo en lo que al enunciado de su segunda parte hace referencia, lo he elegido porque en adelante me esforzaré, repito, en recordarles cómo y de qué manera sucesivas generaciones de estudiosos han duramente trabajado, ya fuese a pie de excavación soportando la dureza de nuestros climas, ya fuese en las bibliotecas o en la soledad de sus gabinetes, rodeados de libros, de piezas arqueológicas, de diarios de excavación, para así poder reconstruir el enorme edificio de la Iberia perdida, para recuperar, en suma, *l'édifice immense du souvenir*.

Tras este demasiado largo paréntesis, retomo el hilo conductor, para recordar que en esos últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX, la arqueología ibérica da sus primeros vahídos en un ambiente de gran desorientación, porque si bien es verdad que gracias al libro de P. Paris, al que pronto habrán de seguir los trabajos de Mérida y de Lantier, se va perfilando la existencia de una cultura autóctona prerromana capaz de producir obras de arte tan acabadas como la Dama del Cerro de los Santos o la Dama de Elche, o las cerámicas tan ricamente decoradas

de la misma Elche, de Archena, de Meca o del Amarejo, lo cierto es que ni desde un punto cronológico -recordemos la tesis del origen micénico que propugna P. Paris- ni desde el territorial, las ideas están aún del todo claras en el ámbito de un terreno poco firme que justo entonces se comenzaba a tantear.

Este ambiente desnortado pocos años más tarde comienza, sin embargo, a transformarse, siendo su causa la publicación de una obra primeriza pero cargada de futuro, debida a la pluma de uno de esos autores a quienes P. Paris, en el prefacio de su libro, auguraba la capacidad de precisar los ámbitos cronológico y territorial de la cultura ibérica. Y me estoy refiriendo, como ya lo habrán podido adivinar, a la figura de P. Bosch Gimpera y a su obra fundamental *El problema de la cerámica ibérica*, una elaborada síntesis, de corta extensión pero de una gran densidad, que había de influir poderosamente en el devenir de los estudios ibéricos.

P. Bosch Gimpera, nace en 1891, seis años antes del descubrimiento de la Dama de Elche y sus años de formación universitaria coinciden con los últimos de la primera década del siglo y los primeros de la siguiente. Se trata de una personalidad plenamente enmarcada en las coordenadas culturales y psicológicas antes esbozadas, lo que, por edad, intereses y conocimientos permite considerarlo el iniciador de la moderna arqueología científica ibérica. Hito fundacional es el citado estudio sobre la cerámica pintada tomada en su conjunto, que Bosch convierte en tema de su tesis doctoral, escrita en 1913 y publicada definitivamente en castellano en 1915, y en la que rechaza la tesis micénica de su origen, demuestra su indigenismo, define sus áreas territoriales de desarrollo, fija, para la figurada del sudeste, un despegue en el siglo V -algo que después se revelará equivocado- e insinúa con prudencia la posibilidad de que la cerámica griega hubiese despertado en los iberos el gusto por los vasos pintados. Es ésta una obra de síntesis absolutamente fundamental, pues en ella, y a pesar de sus limitaciones de orden cronológico, se encuentran presentes hallazgos capitales que Bosch irá ampliando a lo largo de los años 20 y que plasmará definitivamente en su *Etnología de la península ibérica* del año 32.

En este período, junto a Bosch Gimpera hemos de situar la figura de A. García y Bellido, pues sin él se hace sumamente difícil entender la evolución de los estudios ibéricos durante el período de la segunda república y en el del posterior régimen de fuerza surgido de la guerra civil al que se vió sometido nuestro país. A. García y Bellido, nace en 1903 y es por lo tanto 12 años más joven que Bosch, por lo que inicia su actividad investigadora entrada ya la tercera década del siglo, y no precisamente en el campo de la arqueología clásica, sino en el de la historia del arte. Sin embargo, en los primeros años 30, García y Bellido inicia sus estudios sobre la antigüedad y, tras obtener la cátedra en 1931, se integra plenamente en el *Centro de Estudios Históricos*, donde despliega una intensa labor de recopilación, identificación y estudio de los materiales arqueológicos de la antigüedad hispánica y donde crea, en el año 1951 el *Instituto Español de Arqueología “Rodrigo Caro”*, que, junto a la revista *Archivo Español de Arqueología*, desgajada desde 1940 de *Archi-*

vo *Español de Arte y Arqueología*, habrá de convertirse en el pilar esencial de su quehacer científico.

La guerra civil podemos afirmar que supone una fractura brutal para los estudios ibéricos, pues, entre otras muchas desgracias, motiva el alejamiento de Bosch de su país, lo que representa la desaparición de una de las mentes más claras de la arqueología española, de la que podían esperarse aún los mejores frutos de una madurez apenas iniciada, pues no hay que olvidar que en 1939, cuando él y tantos otros *tramuntàren la carena*, era un hombre de apenas 48 años de edad.

Sumida España en el aislamiento internacional, que repercute en el vivificante intercambio de ideas que la ciencia necesita para un fructífero desarrollo, y en la precariedad material de la postguerra, se abre un período en el que, en el campo de los estudios ibéricos, la figura de Antonio García y Bellido brilla con luz propia, no sólo por su destacada labor científica, que pronto logra también transmitir a unos discípulos que a su lado prosiguen la labor, sino por la dignidad con que se adapta a la nueva situación política, tan proclive a las “inquebrantables e incondicionales adhesiones”, y por el modo como se obstina en negarse a aceptar, en aquel ambiente de nacionalismo exacerbado, el pancelticismo a la moda, así como a calificar anacrónicamente de “hispanico” lo que en pureza era “ibérico”.

Dejando aparte la labor de don Antonio y de sus discípulos, entre los que destacan A. Fernández de Avilés, A. Blanco Freijeiro y, algo más tarde, A. Balil, y también los ejemplares trabajos de campo que llevan a cabo D. Fletcher Valls en la zona valenciana y E. Cuadrado en la murciana, los años cuarenta y primeros cincuenta representan una etapa de lento progreso, en la que ni la economía del país, ni los planteamientos epistemológicos, ni las técnicas de excavación al uso, permiten ir más allá de la publicación de los materiales hallados en las excavaciones anteriores a la guerra, como los *corpora* dedicados a las cerámicas de Azaila o de Lliria, los intentos de interpretación de la escultura ibérica y las polémicas sobre temas concretos, como el de la cronología de la cerámica ibérica pintada.

Con la llegada de los años 60 la situación comienza a experimentar un cierto cambio, coincidiendo con el simulacro de una tímida apertura política que experimenta el régimen inspirada por el ministro M. Fraga Iribarne, como una consecuencia de las reformas económicas del año 1959. Ciertos hallazgos importantes empiezan a producirse debido a la cada vez mayor actividad constructora que en las costas suscita el turismo, entre los que destacan las necrópolis fenicias de Almuñécar o de Frigiliana, sensacionales hallazgos, sobre todo el primero, que no sólo abren el camino para la arqueología fenicia, sino que, indirectamente, son un acicate que conduce a la renovación de la ibérica al poner a la luz del día los materiales de un mundo orientalizante que se intuía, pero que no se acababa de aprehender.

Cuatro eventos bibliográficos pueden a mi juicio ayudar a comprender el rumbo que toman las cosas entre 1956 y los primeros años de la década de los 60. En primer lugar, y en conjunción con el ambiente creado por el entonces

reciente descubrimiento del tesoro del Carambolo, la aparición simultánea, en los volúmenes XXIX y XXXIII de *Archivo Español de Arqueología* de los años 1956 y 1960, respectivamente, de los artículos *Orientalia I y II*, debidos a A. Blanco Freijeiro y de los dos trabajos de A. García y Bellido sobre los jarros púnico-tartésicos de bronce hallados en España, que mostraron la existencia de una fase orientalizante tartésica inspiradora de un arte indígena marcado por una profunda influencia fenicia, en el que se podían rastrear en potencia muchos temas iconográficos presentes luego en las producciones ibéricas, si bien A. Blanco, en su artículo publicado en el primer número de *Madrider Mitteilungen*, del año 1960, dejaba bien clara su concepción filohelénica acerca del origen de la plástica ibérica. En segundo lugar, colocaría la celebración el 1959, en la ciudad de Pamplona, del *I Symposium de Prehistoria Peninsular*, al que D. Fletcher Valls y E. Cuadrado Díaz presentaron sendas ponencias complementarias, mediante las cuales diagnosticaban la situación en la que se encontraban los estudios ibéricos, significando ambos trabajos un paso muy importante para la clarificación del concepto de iberos (Fletcher) y para la ubicación en el tiempo del florecimiento de la escultura y de la cerámica ibéricas (Cuadrado). Finalmente, creo que es también importante recordar la publicación en 1961, por parte de M. Tarradell, de su artículo *Ensayo de estratigrafía comparada de los poblados ibéricos valencianos*, mediante el cual, basándose en la sistematización lambogliana de la cerámica de barniz negro, establecía por vez primera la cronología absoluta y relativa de los poblados valencianos, agrupándolos por fases.

Estos indudables progresos en la investigación del problema ibérico fueron los que hicieron posible que, en 1963, pudiera aparecer, en inglés, la primera síntesis moderna sobre el tema, obra de A. Arribas, de la que pronto habría edición española, concretamente en 1965.

A finales de la década de los 60 y en los cinco primeros del siguiente decenio, en un ambiente intelectual y científico más refinado, con la llegada de una nueva generación mejor preparada desde el punto de vista del trabajo de campo, entre otras cosas gracias a la escuela paralela que representaban las excavaciones alemanas en las que muchos estudiantes españoles participaban, se asiste a la consecución de ciertos cambios significativos, pues es a partir de ese momento que se dejan por fin atrás unas concepciones demasiado “anticuarias” de la arqueología ibérica, que no podían ir más allá de un análisis estilístico de la pieza contemplada como un todo que no trasciende, debido básicamente al hecho de que los materiales aparecían siempre huérfanos de contexto, para empezar a interesarse, digo, por los problemas que plantea su inserción en un todo orgánico y por su significación ideológica, todo ello en el marco de unas coordenadas en las que los factores espacio físico y tiempo histórico -léase esto último en clave de economía y sociedad- van a tener andando el tiempo un papel esencial.

Dos de las excavaciones a las que me voy a referir a continuación -la de la necrópolis de Baza y la del poblado de Los Saladares- se llevan a cabo en ese ambiente, pues se inician en los años 1968 y 1969, respectivamente, dando

los excavadores del segundo de estos yacimientos, O. Arteaga y M. R. Serna, a conocer los primeros resultados obtenidos en 1971, con ocasión del *XII CNA* celebrado en Jaén. Por su parte, los primeros resultados de la excavación de Baza son del 1973, y fueron parcialmente divulgados, antes de aparición de la memoria científica, al publicar Presedo la dama y su tumba en el volumen 30 de *Trabajos de Prehistoria*; mientras que la tercera excavación a la que me refiero, la de Pozo Moro, acaece en la primavera de 1973, dos años después del descubrimiento fortuito de la necrópolis, ofreciendo M. Almagro-Gorbea una primera noticia pública de lo hallado en el *XIII CNA* celebrado en Huelva en el mes de octubre de ese mismo año. En lo que concierne a la cuarta, la del Cerrillo Blanco, de Porcuna, su hallazgo acaece en 1975, y la incluyo aquí sólo por motivos cronológicos, dado que hasta 1979 no acabó la recuperación de los materiales escultóricos, que, por motivos de su extremada fragmentariedad, no pudieron ser dados a conocer hasta 1987, y sólo realmente estudiados e interpretados hasta 1990, gracias a la labor de I. Noguera.

Y llegados a este punto creo que es necesario preguntarse cuáles son las razones que me mueven a enfatizar la importancia de tales trabajos en tales yacimientos. Pues bien, las expondré a continuación, seriándolos según los años de aparición de los primeros resultados.

En primer lugar, hemos de fijar nuestra atención en Saladares, cuya singularidad radica en el hecho de que por vez primera, a través de una estratigrafía impecable, se lograba en un yacimiento del sudeste peninsular una secuencia completa que se extendía desde el siglo VIII hasta el siglo IV a. C. y en la que, arrancando de un bronce tardío de clara raigambre tartésica, se constataba, ya desde el primer cuarto del siglo VIII, la llegada de influencias fenicias meridionales, cuya presencia, con el paso del tiempo, había de ser decisiva en la formación, en el curso del siglo VI, de una cultura en la que ya era posible discernir los elementos materiales calificables de ibéricos y en la que más tarde, ya entrado el siglo V, se verían actuar las influencias griegas, arqueológicamente detectables gracias a la presencia de la cerámica ática de barniz negro. Pero he de recordarles que lo que acabo de exponer de manera tan esquemática y que, a no dudar, hoy la gran mayoría de nosotros acepta sin reservas, en el momento en que fue dado a conocer provocó un vendaval, porque en aquellos años muchos consideraban que no había habido iberismo, como mucho, antes del último cuarto del siglo V. Afortunadamente, los sucesivos descubrimientos poco tiempo después de los yacimientos del Cerro de Sta. Catalina del Monte, en Verdolay (Murcia), de Peña Negra (Crevillent, Alicante) y del Castellar de Librilla (Murcia), entre otros, y la constatación de la existencia de una factoría fenicia bajo las dunas de Guardamar (Alicante), que venía a explicar el porqué y el cómo de aquella entrada de productos exóticos en el potente núcleo metalúrgico existente en los valles del Vinalopó, del Segura y del Guadalentín, sirvieron para corroborar de una manera fehaciente que la cronología ibérica tenía que ser forzosamente remontada en algo más de un siglo.

Por otra parte, el hallazgo de la Dama de Baza, una escultura en tantos aspectos parecida a la de Elche, en el interior de una tumba fechable en el siglo IV o algo antes, como ha sugerido su inventor, demostró varios extremos muy importantes. Primero, que en época ibérica existió una escultura humana en piedra de uso funerario; segundo, que algunas figuras femeninas sedentes, actuaban en las necrópolis de recipientes cinerarios; tercero, que su utilización, a juzgar por la existencia de la de Elche y de otros ejemplos fragmentados, como el de la dama sedente de Elche, el del Cigarralejo o el de la necrópolis del Cabecico de Tesoro -al que ahora se añade el de Cabezo Lucero-, fue más generalizada de lo que pudiera parecer; y cuarto, que su cronología, como mínimo, podía ser llevada con seguridad al siglo IV. Dejo aparte los aspectos rituales, estilísticos, técnicos, etc, que del hallazgo se pudieron extraer, pero para lo que aquí nos interesa, insisto en lo que les acabo de exponer: que el hallazgo de Baza permitió que se hiciera la luz en la mente de muchos, una luz que unida a la que algo más tarde expandió el descubrimiento al que me referiré a continuación, hizo que, por fin, se pudiera dar con las claves interpretativas de las esculturas ibéricas, con todas las consecuencias que trajo aparejadas para proceder a los primeros intentos de comprensión global de la sociedad que las hizo posibles.

Con respecto a Pozo Moro, creo no exagerar y pienso que todos uds. estarán de acuerdo conmigo, si afirmo que se trata del descubrimiento ibérico más importante de este siglo que acaba, no sólo por los valores intrínsecos del monumento, sino también por las consecuencias tan trascendentales que éstos tuvieron para el progreso de nuestra ciencia al abrir nuevas vías a la investigación inimaginables hasta entonces, no siendo la menor la del reconocimiento de la existencia de una arquitectura funeraria ibérica y la integración en ella de una gran parte de la gran escultura en piedra conocida.

Pozo Moro constituye el primer caso de necrópolis ibérica en el que aparece un monumento funerario prácticamente intacto. Gracias a la existencia de este monumento turriforme historiado, hoy sabemos tal cúmulo de cosas que tan sólo enumerarlas ya sería motivo de una nueva reunión científica. Pero veamos ahora alguna de las más interesantes.

En primer lugar, yendo de lo general a lo particular, podemos decir que con Pozo Moro se obtuvo la prueba irrefutable de la existencia de una arquitectura funeraria ibérica de fecha con toda seguridad anterior al 500 a. C. Pero no terminó aquí la cosa, sino que el monumento, actuando de auténtico catalizador, dio la clave de cómo había que interpretar una gran parte de la escultura animalística ibérica en piedra, al mostrar que, de la misma manera que sucedía con los leones situados en las esquinas del monumento, los restantes animales exentos, míticos o no, tallados en bloques que mostraban uno de sus costados sin labrar, hallados en el ámbito cultural ibérico del sudeste y de Andalucía, debían con toda probabilidad proceder de monumentos funerarios semejantes. Asimismo, la presencia en el monumento de un friso decorado y de una cornisa con moldura de gola, permitió no sólo inferir que otros elementos sueltos de esos tipos debían proceder de

monumentos turriformes parecidos, sino que algunos, por sus dimensiones, podían haber formado parte de construcciones más sencillas, los pilares-estela, sobre los cuales habrían hallado acomodo, a la par de las del arcaísmo ateniense, las esculturas animalísticas exentas esculpidas en bulto redondo completo, que no podían funcionar como sillares de esquina. También conviene recordar que Pozo Moro fue igualmente muy importante porque, trascendiendo en su monumentalidad lo que hasta entonces se intuía sólo a través del *instrumentum* y de las artes menores de estilo orientalizante, demostraba que las influencias orientales, traídas por los fenicios, en la formación del arte ibérico habían sido determinantes. Por último, el poder demostrar la existencia de una secuencia tipológica en las construcciones funerarias, que iba de lo complicado a lo más simple, conllevó la aparición de los primeros análisis acerca de la estructuración social ibérica realizados a partir de unos presupuestos superestructurales, algo que hasta entonces sólo se había podido realizar a través de los ajuares funerarios, lo que autorizó a empezar a hablar -y a discutir- de monarquías, principados, jefaturas, aristocracias, oligarquías urbanas, etc.

Pozo Moro, en definitiva, constituyó el modelo anatómico-estructural que hizo posible que los miembros dispersos del cuerpo arquitectónico-escultórico ibérico, encontraran la manera de ser resituados en su lugar de una forma armónica.

En último lugar he de hacer referencia al hallazgo del depósito del Cerrillo Blanco, de Porcuna, descubierto en 1975 y salvado de la depredación por J. González Navarrete; un conjunto escultórico que supuso una auténtica revelación al ser muy plausible la atribución de las obras enterradas a un monumento tipo *heroon* en el que los grupos escultóricos se hallarían expuestos en un encuadre arquitectónico, integrando unos programas iconográficos destinados a exaltar la gloria de los grupos dominantes locales. La probable existencia de un conjunto del mismo tipo en Elche, y los recientes hallazgos del Cerro del Pajarillo (Huelma, Jaén), parecen demostrar que monumentos como el de Porcuna no fueron únicos, por lo que la existencia de unos programas escultóricos no funerarios con finalidades de exaltación propagandística parece hoy una posibilidad que va abriéndose paso de una forma decidida.

Los grandes descubrimientos de la primera parte de los años 70 fueron seguidos, a partir, en números redondos, de 1975, del inicio de una adecuación de la arqueología española a las corrientes más innovadoras de la investigación americana y europea, sobre todo británica, que puso en manos de los investigadores unas herramientas muy sofisticadas aplicables al análisis económico y social a partir de los datos recabados de la cultura material. Fueron los presupuestos epistemológicos de la corriente más moderna de la arqueología antropológica americana, la *New Archaeology*, los que infundieron a la arqueología española un afán de rigor científico basado en la formulación y posterior comprobación de modelos antropológicos, que en el terreno práctico, a la hora de recabar la información, halló su mejor vía de indagación en la arqueología espacial de Clarke, según la que, como recordarán, los “objetos

arqueológicos”, muebles e inmuebles, se relacionaban en secuencias significativas en el ámbito físico correspondiente a los tres niveles donde se desarrollaba la actividad humana: el microespacial, el semimicro y el macroespacial. La investigación en los dos primeros niveles se vio favorecida por un mejoramiento de las técnicas de excavación en extensión gracias a la influencia que ejercieron los sistemas puestos a punto en Gran Bretaña por Baker y Harris, respectivamente, mientras que el tercero se analizó mediante la aplicación de las técnicas de análisis espacial propugnadas por Hodder y Orton y aquí aplicadas por primera vez por F. Burillo. La reunión que tuvo lugar en Soria en 1981 sobre metodología e investigación prehistórica supuso la primera sanción colectiva del uso de esos nuevos métodos de indagación del pasado.

Asimismo, el entonces reciente descubrimiento de la estructuración orgánica de un arte mayor ibérico, el de la escultura en piedra, reveló que una manifestación cultural de tal envergadura sólo podía haber sido concebida y realizada en el seno de una sociedad urbana situada en un estado de evolución avanzado que acumulaba excedentes y en la que sólo quienes detentaban su control, y con ello el poder coercitivo, podían haberse hallado en condiciones de comandarla. Ante la fundada suposición, avalada por otros ejemplos mediterráneos, de que una sociedad urbana sólo había podido ser viable gracias a la existencia de un sistema económico estructurado en el que unos núcleos de población jerarquizados debían cumplir la función controlar y explotar el territorio, y en el que unas redes de comunicación internas y externas facilitaban sin duda los intercambios, resultaba evidente que el estudio de una tal sociedad sólo podía ser acometido desde una perspectiva global que contemplase las zonas a investigar como un todo, para lo cual se hacía imprescindible el uso de las técnicas antes citadas. Además, era obvio que una arqueología hecha de esa guisa no podía contentarse con el simple análisis tipológico de la cultura material, pues al solapar ésta a la sociedad que la hizo viable, eran los factores supraestructurales, ideológicos, lo que había que rescatar, lo que motivó, como no podía ser de otro modo, que una corriente muy influenciada por el materialismo histórico aplicado al mundo antiguo, de inspiración italiana, hiciera su aparición entre nosotros. Es, pues, a partir de fines de los 70 que la arqueología espacial empieza a adquirir carta de naturaleza en España, tal como lo demuestra la gran cantidad de trabajos que fueron presentados al memorable primer congreso generalista sobre esta metodología que tuvo lugar en Teruel en 1984, entre los que había una buena docena que se centraban en la época ibérica, y también el uso que se hizo de la misma en diversos trabajos presentados en la reunión sobre *Iberos*, que tuvo lugar en Jaén un año después.

A partir de los inicios de los 80 los presupuestos que acabo de esbozar condujeron al establecimiento de un cierto número de líneas de investigación, que voy a intentar rememorar sucintamente.

En primer lugar, despertó en aquellos años un interés creciente por el estudio de la distribución y relación de los asentamientos con la finalidad de acotar áreas culturales precisas en las que se pudiese establecer la relación dia-

léctica entre los hábitats y el medio físico en que se hallaban implantados y, de ese modo, intentar aprehender las formas de explotación económica del territorio y su traducción en la configuración ideológica de la sociedad que los hizo posibles.

La necesidad de conocer las relaciones de los asentamientos a fin de establecer, en función de su situación geográfica, extensión superficial, urbanismo, arquitectura y poliorcética, su lugar jerárquico en el conjunto del territorio, conllevó tener que proceder a su excavación para de este modo contrastar las hipótesis formuladas en la etapa previa de prospección intensiva de las áreas de estudio. Un tal proceder hizo que en pocos años, según las zonas, pues no en todo el territorio ibérico se avanzó al unísono, el desarrollo de nuevos programas de excavación trajera consigo el poder llevar a cabo, a nivel macroespacial, la jerarquización de los hábitats gracias a poder contar con un mayor número de planimetrías completas, o en acelerado curso de serlo, lo que permitió avanzar en el estudio del urbanismo; en poder conocer un mayor número de unidades de habitación enteramente excavadas y estudiadas a nivel microespacial; y a contar, finalmente, con un mayor número de estructuras defensivas que por fin comenzaban a ser bien fechadas. De manera semejante, el conocimiento integral de las unidades de habitación, permitió que algunas de ellas, ya fuere por su mayor superficie, por su distribución más o menos compleja o por los restos materiales que encerraban, pudieran ser atribuidas a residencias de los grupos dominantes, a lugares de culto, a recintos de uso comunitario, a zonas de transformación o a viviendas propias de los segmentos subalternos de la población.

De forma paradigmática se pueden citar varios programas de investigación, sobre los que por premura de tiempo no voy a poder profundizar en el detalle, llevados a cabo en los años 80 y 90, que ejemplarizan, en varias zonas del país, esta manera de plantear y de resolver los problemas. Y estoy pensando en las investigaciones llevadas a cabo en la alta cuenca del Guadalquivir por la Universidad de Jaén, en la zona del Camp del Túria por el SIP de Valencia y en las comarcas del Montsià i del Penedés, por dos equipos de la Universidad de Barcelona, respectivamente, sin olvidar el innovador ensayo de síntesis realizado en solitario por J. A. Santos Velasco en el sudeste.

En segundo lugar, una vez se hubo logrado que los escenarios empezaran a ser un poco mejor conocidos, les llegó el turno a los actores, pues no bastaba saber de la existencia de la tramoya y los decorados, sino que se hacía ineludible determinar quiénes habían sido los intérpretes de la obra, desde el simple meritorio a los primeros actores, y quién o quiénes desde fuera, si no escribiéndola al completo, habían cuando menos ejercido influencias en su redacción.

La estructuración social que se perfilaba en el horizonte, si había que hacer caso de lo que se empezaba a percibir en los hábitats, y, sobre todo, de lo que se podía extraer de una mejor comprensión de las manifestaciones funerarias, tanto en lo arquitectónico como en lo suntuario, se perfilaba como netamente inigualitaria, pues, junto al hecho cada vez más evidente de que sólo los miembros del

segmento alto de la sociedad habían tenido derecho a ser enterrados en las necrópolis, obras de tal magnitud sólo podían haber sido llevadas a cabo detrayendo una parte importante del excedente, probablemente por medio de la coerción, ya fuese de tipo ideológico-religioso, ya fuese por métodos menos sofisticados y sutiles. De los autores que han tratado el tema, quizá sea M. Almagro-Gorbea quien mejor haya sistematizado la evolución diacrónica de las formas de poder en el mundo ibérico partiendo de las monarquías orientalizantes de origen divino afines al mundo feno-púnico, hasta las elites ecuestres urbanas tardías, helenísticas, intercalando entre una y otras, las monarquías heroicas y las aristocracias guerreras del ibérico pleno, muy influenciadas por los aportes griegos, que habrían dado lugar a los monumentos tipo Cerrillo Blanco, Elche o Huelma y, con ellos, a la plenitud de la escultura ibérica. Se llegaba, pues, al convencimiento de que habían sido las elites detentadoras del poder las que habrían propiciado la aparición del arte ibérico, un arte dotado de una fuerte carga simbólica en el que autoctonía y aloctonía se constituían en la trama y la urdidumbre de un tejido tan denso que resultaba difícil saber hasta qué punto los temas iconográficos y su tratamiento eran un trasunto de originales foráneos, de reelaboraciones practicadas por el camino o la consecuencia de la interpretación indígena.

En tercer lugar, los nuevos enfoques metodológicos en los que la investigación hallaba su razón de ser, originaron también una renovación en el campo de estudio del arte figurado, tanto desde el punto de vista estilístico cuanto del ideológico, siempre con la finalidad de conocer la sociedad que lo hizo posible. Para ello, muy a fines de los 70, de un lado se advierte el inicio de una renovación en el estudio de la escultura, tanto la animalística de uso funerario, cuanto la de tema humano, más propia de los santuarios, con dos frentes de investigación, uno centrado en el reestudio de la ingente masa de materiales que el azar o la investigación de campo habían puesto a disposición de los investigadores, otro abocado a la tarea de, mediante la excavación rigurosa de nuevas necrópolis, hallar documentos bien contextualizados desde el punto de vista estructural y cronológico. En estas dos vertientes debemos recordar el destacado papel jugado por las dos universidades madrileñas en las personas de T. Chapa, M. Ruiz Bremón, E. Ruano y J. Blánquez, respectivamente, cuyos estudios han constituido desde su aparición inexcusables puntos de referencia para todos nosotros.

Del mismo modo, fue entonces que se empezaron a ensayar con éxito la primeras aproximaciones de corte antropológico en el ámbito del estudio de la iconografía ibérica, destinadas a decodificar desde dentro el sistema de imágenes y la relación de éstas respecto al contexto en el que aparecían, para de este modo intentar penetrar en las mentalidades, la ideología religiosa y la comprensión de los mitos ibéricos. Obrando de tal forma, pronto se fueron aparcando los tradicionales y un tanto apolillados sistemas explicativos basados en el uso y el abuso del método comparativo mediante los que se había pretendido interpretar el imaginario ibérico valiéndose de las representaciones y mitos vigentes en otras culturas mediterráneas. De justicia es recordar aquí los fundamentales y

pioneros trabajos de R. Olmos, que dieron origen en 1992 al montaje de la exposición itinerante *La sociedad ibérica a través de la imagen*, cuyo catálogo, en el que colaboraron reconocidos especialistas, se ha convertido en una obra de referencia; así como los proyectos posteriores, colectivos, centrados en la investigación de la iconografía presente en los vasos figurados del estilo Elche-Archena. Dentro de esta misma línea de investigación, tomando como campo de estudio el estilo de Oliva-Llíria, ha empezado a elaborar importantes trabajos un equipo de la Universidad de Valencia dirigido por la profesora Carmen Aranegui.

Por último, me he de referir a la renovación experimentada en el estudio de las necrópolis, un tema recurrente a lo largo de la historia de la investigación, basada en la corriente epistemológica que nutre a la moderna arqueología de la muerte, que asume que los cementerios y las tumbas que los conforman no son sólo receptáculo de objetos, sino quizá el mejor reflejo de una sociedad extinta, su otra cara de la moneda, donde el anverso se transforma en reverso, y en donde es posible recabar una información no manipulada a lo largo de los siglos, que suele llegar intacta a nuestras manos. Las excavaciones de nuevas necrópolis, como Los Villares de Hoya Gonzalo o El Turó dels dos Pins, de necrópolis ya conocidas de antiguo pero aún explotables, como Castellones de Ceal, Coimbra del Barranco Ancho o Cabezo Lucero, unidas a los datos aprovechables obtenidos en antiguas pero modélicas excavaciones, como la del Cigarralejo, permitieron realizar observaciones finas respecto a la situación espacial de la escultura en piedra respecto a la tumba, a los rituales empleados, a la ubicación espacial de los objetos, a la presencia o ausencia de determinados elementos significativos, como las armas, al conocimiento del número de individuos enterrados en una misma sepultura, al sexo y la edad, a las relaciones de parentesco, a la demografía, etc., etc., permitiendo ver claras diferencias entre las tumbas del ibérico inicial con respecto a las del ibérico pleno, por ejemplo, en lo referente al armamento, un campo de estudio, éste, en el que los completísimos e innovadores trabajos de F. Quesada han sido un ejemplo de buen hacer.

Quisiera extenderme aún más, pero el tiempo se me acaba. Sin embargo, no quisiera terminar sin evocar de una forma rápida algunos aspectos que no he podido, o sabido, rememorar a lo largo del camino que hemos venido recorriendo juntos, y que tienen relación con líneas de investigación o con hitos memorables que se relacionan con ellas.

En primer lugar he de hacer mención de los progresos conseguidos en el campo de estudio de la lengua ibérica, no tanto en lo que hace referencia a su desciframiento, pues la esfinge continúa hoy como ayer impenetrable y muda, y sí a lo que atañe a la aparición de nuevos documentos y a su interpretación, sin olvidar el gran avance que representa poder contar hoy con los tres volúmenes de los *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, obra de J. Untermann, que son el compendio de una admirable vida dedi-

cada sin descanso al trabajo científico. Asimismo, es un deber recordar los importantes trabajos de J. de Hoz, siempre tan sugerentes para el arqueólogo, de entre los que destacaría sus *La lengua y la escritura ibéricas*, y *las lenguas de los iberos*, de 1993 y *Áreas lingüísticas y lenguas vehiculares en el extremo Mediterráneo occidental*, de 1995, en los que desarrolla la hipótesis, que personalmente creo muy plausible, de la existencia de un área nuclear, la Contestania, en la que la lengua ibérica sería el habla original de sus habitantes y en donde se habrían inventado los dos alfabetos, el greco-ibérico y el levantino, y otras zonas, donde se hablarían lenguas distintas y a las que la ibérica del sudeste se habría superpuesto por razones de utilidad práctica y de prestigio, en calidad de lengua vehicular. Asimismo, sus hipótesis acerca de que los plomos escritos en su gran mayoría hayan sido documentos comerciales y que su origen se halle en el uso de la lámina de plomo para escribir por parte de los focos, que lo habrían transmitidos a sus vecinos y clientes ibéricos, me parecen muy fecundas.

En segundo lugar, quiero recordar los importantes trabajos de tantos autores que en el campo de la numismática han aparecido a lo largo de estos últimos tiempos y que, para no alargarme, simbolizaré en las obras de L. Villaronga y de M. P. García-Bellido, poniendo el acento en la magnífica labor realizada por esta última autora, en su reconocida capacidad para convertir la moneda en imprescindible fuente de conocimiento histórico.

También es de justicia recordar los trabajos de nuestros colegas aragoneses, singularmente los llevados a cabo por G. Fatás y F. Burillo, que han servido para determinar de una forma cada vez más precisa, los límites entre la Iberia más occidental y los inmediatos territorios celtibérico y vascón.

No quiero terminar sin hacer mención de la celebración, en 1992, del trascendente *Congreso sobre Necrópolis Ibéricas*, organizado por la Universidad Autónoma de Madrid, que fue seguido por la aparición, un año más tarde, del libro de A. Ruiz y M. Molinos, *Los Iberos*, un primer ensayo de síntesis, brillante, polémico y sugerente, de enfoque un tanto "sudista" sobre la cultura ibérica, interpretada según muchos de los enfoques metodológicos que aquí han sido comentados; y, finalmente, en 1994, la del primer número de la *Revista de Estudios Ibéricos*, publicada por la Universidad Autónoma de Madrid, bajo la dirección de M. Bendala y J. Blánquez, gracias a la que, por fin, la arqueología ibérica, al igual que otras grandes culturas periféricas del Mediterráneo antiguo, como la etrusca o la fénico-púnica, ha hallado un foro de información y debate a ella enteramente dedicado. Todas estas obras, de obligada consulta, y aún muchas otras más que por falta de tiempo han quedado en el tintero, son la prueba fehaciente de la espléndida realidad de esta importante parcela de estudio de nuestro pasado, a la que, en los albores del tercer milenio, podemos augurar, sin temor a exagerar, un futuro repleto de esperanza y de progreso.